

En recuerdo de Manuel Iglesias Corral

De don Manuel se aprendía siempre, sobre todo las enseñanzas de una vida fecunda, de un pensamiento penetrante, de una intensa y fructífera capacidad de diálogo

Por **Luis Martí Mingarro***

Llega a mis manos un libro editado por el Ilustre Colegio Provincial de Abogados de A Coruña, dedicado a don Manuel Iglesias Corral, y que contiene una compilación de textos debidos a su pluma.

El recuerdo de don Manuel Iglesias Corral, gran decano del Colegio de A Coruña, es imborrable. Tuve el privilegio de compartir con él su tarea, sus enseñanzas y su trayectoria en el tiempo que yo trabajé para el Consejo General de la Abogacía, en mi condición de miembro de la Junta de Gobierno del Colegio de Abogados de Madrid cuando era nuestro decano otra gran figura del derecho: don Antonio Pedrol Rius.

Don Antonio Pedrol Rius me honraba con su confianza y me dio la oportunidad de participar en una etapa extraordinariamente significativa de la historia de España y de la abogacía española, a la que él dio apasionada proyección pública.

Para mí en esa época, allá por los años 74 y siguientes, no era nueva la figura de don

Manuel Iglesias Corral pues yo había oído a mi padre, también abogado, hablar de él como un gran letrado coetáneo con quien había coincidido en su juventud.

Mi padre era también, en los años 30, un joven abogado ilusionado con la gran oportunidad histórica que la segunda República representaba. Tan ilusionado como pronto defraudado por el sesgo terrible que tomaron las cosas.

Hablaba mi padre siempre con admiración de aquel abogado coruñés, don Ma-

nuel Iglesias Corral, que alcanzó a ser joven alcalde de su ciudad (y mi padre era un gran municipalista) y luego fiscal general de la República.

Así que, cuando años después tuve el honor de acercarme a don Manuel Iglesias Corral, ya decano del Colegio de Abogados de A Coruña, al que estuve incorporado unos años, no tenía que descubrir sus grandes calidades ni me faltaban motivos adicionales de admiración. Me quedé corto: de don Manuel se aprendía

siempre, y hasta que se nos fue, acumuló continuas razones de devoción y amistad.

Y no sólo enseñaba Derecho; no sólo nos guiaba en los avatares de la profesión. De don Manuel se aprendían, sobre todo, las enseñanzas de una vida fecunda, de un pensamiento penetrante, de una intensa y fructífera capacidad de diálogo.

Cuando empecé a tratar con intensidad a don Manuel Iglesias, mantenía yo, como ahora mantengo, mi devoción por los hombres y las tierras de Galicia. Yo había tenido la suerte de que, muy jovencillo, los veraneos familiares me situaran en las Rías Bajas. Y desde ellas me fui empapando de la historia, las tradiciones y todos los ingredientes paisajísticos y culturales de Galicia. Quien no ha visto un temporal en Corrubedo, no sabe lo que puede ser la mar bravía.

Como es natural, en ese mi despertar juvenil a la cultura, me deslumbraba pisar la tierra natal de Valle-Inclán

**ENCONTRARSE
CON DON
MANUEL
IGLESIAS
CORRAL ERA
UN PRIVILEGIO**



Luis Martí Mingarro, autor del artículo

al pasar por la Ría de Arosa; leí a Rosalía *A las Orillas del Sar*; me paraba ante la Iglesia de Santa María de Noia; curioseaba preguntando por la Abadía de Samos y quedaba impresionado por ese aparatoso Escorial de Galicia

que es Monforte de Lemos. Todo ello sembrado de historias verdaderas, consejas y tradiciones que alimentaban toda clase de fantasías. Así que no ha de extrañar que, años después, hiciera yo publicar un libro sobre cosas del Cardenal Rodrigo de Castro, artífice fundador del herreriano Colegio de Monforte.

Ahora, en este año cervantino, no está de más recordar que al gran humanista y mecenas del Monasterio de Santa María la Antigua de Monforte le cabe la gloria de la absolución a Miguel de Cervantes Saavedra en la censura de excomuniación por la que fue llevado ante la Inquisición por haber embargado el trigo de las Iglesias de Écija para destinarlo a la Armada Invencible.

Con esa predisposición, encontrarse con don Manuel Iglesias Corral era un privilegio. Y nada digo de lo que era viajar con él por las Américas. En el libro aparecen algunas reflexiones de don Manuel sobre sus viajes con nosotros a los congresos de la Unión Iberoamericana de Colegios de Abogados. Yo era entonces secretario de dicha organización, que presidía don Antonio Pedrol. Muchos países de América hispana estaban flagelados por dictaduras y tiranías. Y la UIBA, de la mano de don Antonio Pedrol, apoyada en personalidades como la de don Manuel Iglesias, recorría aquellos países, y en ellos ayudábamos a los abogados perseguidos y proclamábamos los principios de una abogacía libre

ERA UN ESPECTÁCULO LLEGAR A LAS CIUDADES DE AMÉRICA DE LA MANO DE DON MANUEL IGLESIAS. VIBRABAN LAS EMOCIONES, LE ACLAMABAN TODOS, LE ACOGÍAN CON CALOR Y DEVOCIÓN

e independiente, que lucha y luchará siempre por la implantación del Estado de Derecho

Ya sin don Manuel Iglesias, que con don Antonio Pedrol tanto había contribuido a la Transición española, se recuperaron en América las libertades, se desarrollaron los procesos constituyentes. Con más o menos tibieza, con toda clase de avatares y peligros, con avances y retrocesos, se va siguiendo la senda constitucional por las tierras que colonizaron los españoles a partir de 1492, que se independizaron en el siglo XIX, y que revitalizaron con su esfuerzo, su sacrificio y su tesón los gallegos que emigraron para dar nuevo impulso al feliz mestizaje cultural que hoy son las tierras y las patrias de habla hispana.

Era un espectáculo llegar a las grandes ciudades de América de la mano de don Manuel Iglesias. Vibraban las emociones, le aclamaban todos, le acogían con calor y



Manuel Iglesias Corral

devoción, y mientras sonaban las gaitas nos abrazábamos unos y otros soñando mejores tiempos y recordando pasados más o menos entrañables y remotos.

Todas esas emociones he revivido al hablar estos días con don Jesús Varela Fraga que, en compañía de Augusto Pérez-Cepeda, José Antonio García Caridad y Jesús Pintos Uribe han firmado las palabras introductorias del libro *Manuel Iglesias Corral. Reflexiones de un decano*, que he leído de un tirón. Impulsado por esas emociones escribo estas líneas por

si a alguien todavía le interesa lo que pueda transmitir un abogado que tras 57 años de ejercicio siente cada día el significado y la trascendencia de pedir justicia para los demás, ejerciendo nuestra bella profesión. Una profesión de la que, según se le atribuye, dijo Voltaire que es la profesión más bella del mundo.

***Luis Martí Mingarro** es abogado y académico de número de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación